



# TERCIOS Y SAMURÁIS: LA BATALLA DE LOS PECES-LAGARTO

*Espadas del fin del mundo*, ilustración de Juan Aguilera Galán

A pesar de la fama de invencibles de los antiguos samuráis, una antigua leyenda japonesa narra cómo en 1582 una especie de demonios, mitad peces y mitad lagartos, surgieron del mar en sus naves negras y destrozaron a los hasta entonces imbatibles guerreros nipones. Lo más sorprendente es que este episodio no es pura leyenda: aquellas embarcaciones, no eran otras que las de nuestro rey Felipe II y aquellos peces-lagarto no eran sino los soldados de los tercios españoles. El presente artículo narra el único combate del que se tiene constancia histórica entre los míticos guerreros japoneses y fuerzas occidentales

**Elizabeth Manzo Carreño**

**Escritora y orientalista**

La fama de los samuráis, los temibles guerreros del Japón feudal, está envuelta en un halo de leyenda tal que hay quien cree que solo un samurái era capaz de derrotar a otro. La escasez

de fuentes sobre sus enfrentamientos con fuerzas de otro tipo, así como la literatura y el cine, han contribuido a mitificar la figura de este *bushi* (guerrero) cuyo código de honor e indiscutible bravura ya eran de por sí proverbiales. Sin embargo, una antigua tradición japonesa, muy del estilo de las series de ficción que tanto gustan al público nipón actual, narra cómo en una ocasión una especie de demonios, mitad peces y mitad lagartos, surgieron

desde el mar con sus naves negras y destrozaron a los hasta entonces invencibles guerreros.

Lo más sorprendente es que muy poco en este relato es producto de la invención: aquellas *kurofune*<sup>1</sup>, embarcaciones oscurecidas por la brea, no eran otras que las de Su Majestad Felipe II, y aquellos peces-lagarto no eran sino los soldados de los tercios españoles.

Corría el mes de noviembre del año 1564 cuando Miguel López de Legazpi partía desde México a la conquista de las islas conocidas como *Filipinas*. Legazpi tenía la pretensión de convertir el archipiélago en una base permanente de los españoles para el comercio en las casi inexploradas Indias Orientales, pero para ello no bastaba con apoderarse de aquel territorio, sino que al haber acordado España y Portugal no navegar los mares que se habían atribuido y reconocido mutuamente por el Tratado de Tordesillas, era necesario descubrir una ruta que hiciese posible el regreso a México para, llegado el caso, atravesar el virreinato a pie y de nuevo embarcarse para España.

Todas las expediciones que hasta entonces habían intentado aquel tornaviaje habían fracasado en una sucesión de hambres, naufragios y hostilidades con los poco pacíficos nativos de las islas del Pacífico. Muy destacable había sido la intentona de Ruy López de Villalobos, quién ya 22 años antes que Legazpi había cruzado aquel océano con seis embarcaciones y alcanzado y bautizado las islas en honor del todavía príncipe español. Sin embargo, incapaz de

volver por donde había ido, Villalobos acabó por perder más de dos tercios de sus efectivos y caer con los supervivientes en poder de los portugueses, pues no le quedó otro remedio que tratar de regresar circunnavegando hacia occidente, es decir, por la zona que aquellos controlaban.

Algunos de los apresados, como el contador de aquella armada, Guido de Lavezares, o el piloto Juan Pablo de Carrión, serían luego transportados a Lisboa y devueltos a España tras muchas penalidades. Pero todo esto, que no parece sino el final de su aventura, no es más que el punto de partida de algunas de las hazañas que aún les quedaban por protagonizar.

Una vez de regreso en España, Juan Pablo de Carrión, palentino de Carrión de los Condes, entró al servicio como tesorero del arzobispo de Toledo y contrajo matrimonio con doña María Salcedo y Sotomayor, con lo que supuestamente iba a estar en condiciones de gozar de una cómoda posición en la ciudad imperial. Sin embargo, su espíritu inquieto y sus ansias de nuevas aventuras lo llevaron pronto a abandonar a su esposa para zarpar otra vez hacia

Nueva España, donde el virrey Luis de Velasco, paisano suyo, le concedió una comisión en el astillero de Puerto Navidad, en el litoral pacífico.

Allí Carrión colaboraría estrechamente con Andrés de Urdaneta en los preparativos de una nueva expedición en busca de la ruta del tornaviaje; pero ya a punto de partir surgieron algunas desavenencias entre ambos marinos que le dejarían en tierra y lo apartarían definitivamente del éxito de Urdaneta, que sí consiguió ser el primero en volver a Nueva España al poner rumbo mucho más al norte que sus predecesores para alcanzar el litoral al norte de California y luego costear hacia el sur para llegar a México, abriendo así la llave del comercio transpacífico.

Aparentemente perseguido por el fracaso, Carrión se estableció en Colima (Nueva España), donde en 1566 contrajo nuevamente matrimonio con Leonor Suárez de Figueroa, por lo que fue acusado de bigamo y judaizante. Con una condena de dos años sobre sus espaldas y el embargo de todos sus bienes, tuvo que volver a España para defenderse; pero esta vez no le irían tan mal las cosas,



Imperio de Felipe II



Soldado veterano de los Tercios (arcabucero), ilustración de Ángel García Pinto

ya que (una vez que la Corona pretendía extender sus exploraciones hasta Alaska) persuadió al rey Felipe II de la posibilidad de encontrar un paso por aquellas latitudes entre China y Nueva España, para lo que se ofreció solicitando, eso sí, ser nombrado «almirante del mar del Sur y el mar de la China».

Aunque no está claro hasta qué punto se le otorgaron estas u otras atribuciones, lo cierto es que en 1577 volvió a zarpar con rumbo a las Filipinas como general de Armada.

En cuanto a la situación en el archipiélago, esta no era precisamente fácil. Al menos desde el siglo XIII, piratas chinos, japoneses y coreanos realizaban incursiones en la costa que se incrementarían en coincidencia con la llegada de los españoles. Es cierto que en 1571, tras siete años de perseverancia diplomática y un limitado uso de las armas, Legazpi había culminado su inteligente conquista con la ocupación definitiva de

Manila, pero casi desde aquel mismo momento la ciudad fue atacada por el pirata chino Lin Feng (también conocido como *Li Ma Hong*) que, acompañado de su lugarteniente japonés Sioco, trató de conquistarla con una poderosa flota de 62 barcos y 3000 hombres, que fueron heroicamente rechazados, perseguidos y derrotados por las escasas tropas españolas de Guido de Lavezares, aquel antiguo compañero de fatigas de la primera expedición de Carrión, también encarcelado y luego devuelto a España por los portugueses, que ahora había sustituido a Legazpi como gobernador a la muerte de este.

Tal hazaña solo se concibe desde la determinación y la disciplina mostrada una vez más por aquellos veteranos soldados de los tercios, ahora enrolados de nuevo por y para España en el otro confín del planeta. Sin embargo, tan escasa guarnición no podía controlar el extenso litoral filipino, por lo que la zona de Luzón, al norte del archipiélago, permaneció

infestada de una creciente cantidad de piratas procedentes de las islas meridionales del mar de la China, tales como Hainán y la actual Taiwán, así como de Kyushu, Okinawa y otras islas del sur del archipiélago nipón, a cuyos habitantes desde antiguo llamaban los *wa kuo* ('los del país de Wa', nombre dado al Japón en chino clásico)<sup>2</sup>.

---

## Desde el siglo XIII, piratas chinos, japoneses y coreanos realizaban incursiones en la costas Filipinas que se incrementarían en coincidencia con la llegada de los españoles

---

Si todavía en 1575, en un entorno en que la piratería y el comercio mostraban límites demasiado difusos, escribía un tal Juan Pacheco de Maldonado que los japoneses llegaban cada año a sus tres principales destinos en Luzón (Cagayan, Lingayen y Manila) para intercambiar plata por oro, la situación debió de deteriorarse por completo en muy poco tiempo. Con un Japón en estado anárquico, arrasado por las sucesivas guerras civiles del período Sengoku y una casta militar sin empleo, cualquier *ronin* (samurái sin dueño o *daimyo*) o *ashigaru* (soldado de infantería sin rango), ya fuera desertor, exiliado o antiguo combatiente en las filas de señores feudales muertos, deambulaba por el país hasta que a menudo acababa por unirse a

las ingentes bandas de piratas que controlaban las costas del mar de la China, donde imponían tributos, se apoderaban del ganado o vendían a los nativos como esclavos en los mercados de la costa oeste del Asia meridional.

Ante esta gravísima situación, el 16 de junio de 1582 Felipe II recibía una carta del gobernador de Filipinas, Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, en la que le daba cuenta de la necesidad de combatir a los piratas nipones y expulsarlos definitivamente del archipiélago, misión que se encargó al siempre tan dispuesto como desafortunado Juan Pablo de Carrión, quien ya a sus 69 años recibió una exigua flota de siete barcos: el navío *San Yusepe*, una galera llamada *Capitana* y cinco fragatillas o embarcaciones menores, con alguna gente de mar y unos 40 hombres de armas, pues no más de 500 españoles conformaban toda la tropa de la que Felipe II se servía para el control del archipiélago filipino.

«Los japoneses son la gente más belicosa que hay por aquí», escribía el gobernador. «Traen artillería y mucha arcabucería y piquería. Usan armas defensivas de hierro para el cuerpo. Todo lo cual lo tienen por industria de portugueses, que se lo han mostrado para daño de sus ánimas».

---

## El gobernador de Filipinas encargó a Juan Pablo de Carrión el combatir a los piratas nipones y expulsarlos definitivamente del archipiélago

---

Ciertamente, en 1543 unos aventureros portugueses a bordo de una embarcación china habían dado con sus huesos en Tanegashima, al sur del Japón, a causa de una tormenta. El señor de la isla, Tanegashima Tokitaka (1528-1579), compró a los portugueses un par de arcabuces, seguramente de los de llave de mecha «mordedora» producidos en la armería de Goa, en la India portuguesa.

Obtenido asimismo el secreto de la producción de los proyectiles y proporciones de la pólvora, este *daimyo* ordenó a un espadero que copiase el cañón y el mecanismo de disparo del arma, que fue rápida y ampliamente reproducido y difundido por todo el país. Se cree que en diez años los japoneses fabricaron hasta 300 000 ejemplares de su propia versión de esta arma, a la que llamaron *tanegashima* o *teppó* (según la región de procedencia). Además de unificar calibres, los japoneses realizaron sus propias adaptaciones sobre el arma, que hicieron más liviana y precisa y a

la que dotaron de cajas protectoras de madera laqueada para cubrir la llave de mecha, lo que permitía que fueran disparadas durante la lluvia. En cuanto a la puntería, los tiradores podían prescindir de la horquilla y realizarla también de noche, manteniendo ángulos fijos mediante cuerdas de distinta longitud para conseguir un efecto hasta cierto punto similar al que realiza un tirador moderno al hacer la presa de brazo con la propia coorea de su fusil de asalto.

Para el tiempo en que aquella carta del gobernador llegaba al rey, en verano de 1582, un pirata japonés al que llamaban *Tay Fusa* o *Taizufú*<sup>3</sup> ya se había erigido como reyezuelo de la colonia pirata en Luzón, lo que constituía una seria amenaza para los españoles porque aquel disponía de una flota numéricamente superior. Sin embargo, esto no arredraba a Carrión que, a poco de hacerse a la mar, capturaba fácilmente una nave de piratas chinos en la que metió 16 hombres para, todos juntos, dirigirse a la desembocadura del río



Rutas de los piratas sobre la zona de Luzón

Cagayán, donde un amanecer con tiempo bonancible doblaban el cabo Bojeador y se topaban con un navío pirata, ahora sí japonés, que acababa de arrasar una aldea de humildes pescadores.

Tras ganar barlovento con la *Capitana*, esta da caza al junco y le suelta una descarga a bocajarro con toda su artillería y arcabucería que barre la cubierta enemiga sin piedad, causa gran mortandad y echa abajo su árbol mayor. En tanto que los

arcabuceros recargan, los demás españoles aprestan sus espadas, picas y hachas de abordaje; pero los japoneses no son presa fácil: la sangre de los samuráis que corre por sus venas y su aplastante superioridad numérica les enardece. Con estas credenciales, son los piratas los que echan un garfio a la galera y 200 hombres se arrojan a ella con picas y coracinas, llegando al palo mayor y quedando otros «sesenta arcabuceros tirando a nuestra gente». Mas, en la necesidad extrema, Carrión corta la driza,

que es el cabo con que se iza la vela mayor, que cae sobre el combés o espacio entre los castillos de proa y popa, lo que hace un efecto de parapeto tras el que los arcabuceros españoles realizan un fuego mortífero y los piqueros y rodeleros se rehacen y contraatacan en letal cuerpo a cuerpo, obligando a los japoneses a volver a su navío para retirar el garfio y dar vela con el trinquete que les queda.

«Murió alguna gente nuestra en la galera», dice con laconismo militar el autor de la carta al virrey de México, «y entre ellos el capitán Pero Lucas, como buen soldado, peleando», pero mucho mayor debió de ser la mortandad en las filas enemigas, porque a poco de separarse de la *Capitana* les abarló el *San Yusepe*, que destrozó con su artillería a los japoneses que tan valientemente habían peleado. Se cree que muchos de ellos, tratando de sustraerse al fuego de los españoles, acabaron arrojándose al mar para alcanzar la costa a nado, pero finalmente acabaron ahogándose debido al peso de sus armaduras.

Tras este primer combate, puso Carrión proa hacia la desembocadura del río Grande de Cagayán, al que algunos también llamaban *Tajo* en honor del río ibérico; pero antes de llegar se dieron de bruces con 18 sampanes que estaban saqueando una pequeña población y causando una matanza entre gentes indefensas. Abriéndose paso con las culebrinas y arcabuces, los españoles no dejaron de hacer fuego hasta causar cerca de 200 muertos al enemigo, entre los que se cree que se encontraba uno de los hijos del general de la flota pirata.

Ya en la desembocadura del río, que es muy ancha, Carrión se ciñe a uno de sus costados y descubre hasta 11 embarcaciones japonesas y un fuerte, y manda una de sus pequeñas y ligeras fragatas a explorar la otra orilla. Vuelve esta con aviso de que salgan todos de allí cuanto antes por haber detectado hasta 1000 japoneses con poderosa artillería; pero, con la galera *Capitana* ya muy dañada desde su combate inicial, Carrión finalmente se decide a dar la batalla definitiva en tierra, lo que (dada la desproporción de fuerzas) se antoja



Arcabuceros ashigaru realizan una descarga. Obsérvese el sistema de cuerdas con que sustituyen a la horquilla

letal para los 40 españoles que aún quedan en condiciones de combatir.

---

## **Carrión finalmente se decide a dar la batalla definitiva en tierra disponiendo a sus hombres a la manera de los Tercios y usando las técnicas aprendidas en Flandes**

---

Para ello Carrión navega un par de leguas río arriba y, en un recodo donde se encuentra la playa o estero al que llaman *Biracaya*, ordena desembarcar los cañones y fortificarse hasta donde sea posible. Ante esta declaración de intenciones los japoneses tratan de parlamentar y ofrecen retirarse sin combatir con una sola condición: que los españoles les entreguen una indemnización en oro por las ganancias que dejarán de obtener al irse y dejarles marchar.

Ante la rotunda negativa española, los japoneses creen que la superior tecnología naval occidental no tiene por qué reflejarse en tierra, máxime cuando la proporción de fuerzas en combate es superior en más de diez a uno. Pero los *wa kuo* aún no saben lo que son los tercios españoles en acción. A la manera típica en que estos combaten, Carrión dispone a sus piqueros en primera línea, seguidos de los rodeleiros y, protegidos por unos y otros, a los sirvientes de las armas de fuego.

Poco después del alba una horda de 600 *wa kuo* se abalanza contra el parapeto del pequeño reducto que los españoles han formado en la playa.

Los arcabuceros y la artillería desembarcada hacen fuego a la mayor cadencia que les permiten sus armas y causan gran mortandad. Pero, debido al gran número de asaltantes, el choque contra la primera línea de piqueros es inevitable. Sabiamente Carrión ha ordenado a estos embardurnar el astil de sus picas con sebo para que los piratas no puedan arrebátárselas, lo que la produce un duro castigo.

A pesar de las considerables pérdidas, los atacantes se rehacen e intentan un segundo y un tercer asalto, y dejan una decena de bajas españolas sobre el terreno. Ambos ataques son igualmente rechazados, pero los españoles ven que apenas les quedan balas ni pólvora, por lo que esta vez el combate será casi exclusivamente cuerpo a cuerpo. En tanto que los nipones tratan de esquivar a los piqueros para entrar en la posición, los espadachines de rodela usan las técnicas aprendidas en Flandes y van infiltrándose entre sus compañeros al lado y por debajo de sus picas, cortando tendones, rajando y apuñalando sin piedad y haciendo gran sangría, pues los japoneses no



Representación de un combate naval entre embarcaciones japonesas



Antigua ilustración que representa a guerreros japoneses (Charles Wirgman)

tienen suficiente protección al usar sus catanas como armas ofensivas y defensivas y no disponer además de espacio suficiente para manejarlas a su antojo, es decir, a dos manos.

---

## Tras un total de cuatro horas de combate la catana samurái sucumbe frente al acero toledano

---

Tras un total de cuatro horas de combate, la esgrima española se impone al golpe de mandoble japonés, el exoesqueleto de nuestros «peces-lagarto» (seguramente de ahí les venga este nombre) resulta superior a la incompleta armadura oriental y la proverbial catana samurái, a pesar de su fama, sucumbe frente al noble acero toledano.

Una vez que lo que quedaba del enemigo huyó a mar abierto tras la batalla, los españoles se hicieron con armamento abandonado o recogido de los muertos a modo de trofeo, entre el que se contaban las características armaduras samuráis, los cascos (*kabuto*, 兜, かぶと) con su máscara decorada con motivos terroríficos para asustar al rival, los puñales de hoja corta (*tanto*, 短刀), no solo utilizados en batalla sino también cuando un samurái tenía que limpiar su honor y mediante el *seppuku* (suicidio ritual) y, claro está, las proverbiales *katanas* (刀), aquellas espadas de las que los temibles samuráis creían ciega y poéticamente que entroncaban directamente con su alma formando un todo.

Estos combates, en que los españoles sufrieron una veintena de bajas e infligieron cerca de 800, suponen el único encuentro en la historia entre los afamados samuráis y combatientes occidentales. De resultados de los mismos y con las excepciones naturales, la actividad japonesa en esta área del norte de Filipinas prácticamente desapareció y Japón no volvería a suponer una amenaza contra los

tagalos durante los siguientes casi 400 años, hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando las islas llevaban ya medio siglo sin ser españolas<sup>4</sup>.

### Nota del autor

Escrito en plena conmemoración del Quinto Centenario de la Primera Circunnavegación que abriría el mundo a nuestra cultura y del 120 aniversario de la Heroica Gesta de Baler, con la que los españoles pusieron glorioso epitafio a su presencia en Asia, este artículo está dedicado a ellos, pero también a todos los que les precedieron y ofrecieron su inteligencia, su esfuerzo y su vida en aquellas tierras lejanas y también cercanas, sin olvidar que para que llegase a haber unos «últimos de Filipinas» la hazaña había de comenzar con unos «primeros de Filipinas».

### NOTAS

1. *Kurofune*, 黒船 (lit. «barcos negros»), fue el nombre con el que fueron conocidos los barcos occidentales que arribaron a Japón entre el siglo xv y el siglo xix por el color de su casco.

2. Muchos autores, copiándose sucesivamente, establecen que la expresión se refiere al término de «peces-lagarto» con que los piratas conocían a los soldados de los tercios, cuando es exactamente al contrario; es decir, que eran los habitantes de la costa los que llamaban así a los piratas originarios en principio de Japón y a los que luego se añadieron chinos y coreanos. Asimismo hay autores que creen que la expresión tiene la ridícula traducción de 'bandidos enanos'. Esta confusión viene de que el wa, además de lo propio del Japón, denomina a lo que es de corta estatura.
3. En realidad este nombre propio no existe como tal, por lo que entiendo que se trata de una deformación occidental del japonés *taifú*, señor feudal.
4. Algunos lectores pueden concluir que, a pesar del elevado número de *ronin* que optaron por la piratería

como medio de vida, en realidad su fuerza era un conglomerado de gentes de diversa procedencia. Pero igualmente puede aducirse que tampoco los españoles de Cagayán tenían la entidad de un tercio al completo. Lo que se trata de destacar en este artículo es la superioridad en combate de unas fuerzas organizadas, disciplinadas y siempre dispuestas a vender cara la vida combatiendo a *la española* sobre cualquier enemigo, por apabullante que resultase su número.

### BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. *The Cambridge History of Japan*, vol. 4; 1991.
- AA.VV. *Desperta ferro* especial #5: *Los tercios en Asia*; 2018.
- Boraó, J.E.: «La colonia de japoneses en Manila en el marco de las relaciones de Filipinas y Japón en los siglos XVI y XVII». Cuadernos Canela (Tokio: Confederación Académica

- Nipona, Española y Latinoamericana), Universidad Nacional de Taiwán, n.º 17; 2005.
- Boxer, C.R.: *The Christian Century in Japan, 1549-1650*. 1951.
- Boxer, C.R.: «Piracy in the South China Sea». *History Today*, XXX, 12.
- Cabezas, A.: *El Siglo Ibérico de Japón*; 1995.
- Canales, C. y Del Rey, M.: *Naves negras*; 2015.
- Canales, C. y Del Rey, M.: *En tierra extraña*; 2012.
- Cooper, M.: *They Came to Japan. An Anthology of European Reports on Japan 1543-1640*; 1965.
- Del Rey Vicente, M., y Canales Torres, C.: *En tierra extraña: expediciones militares españolas*. Edaf; 2012.
- Donoso, D.: ¿Tercios contra samuráis?, *La mítica Batalla de Cagayán*. Recreación Histórica Chile; 2015.
- Fernández Duro, C. (capitán de navío): *Historia de la Armada Española*, tomo III.
- Lach, D.F.: *Asia in the Making of Europe, Volume I: The Century of Discovery*; 1994.
- McLaren, E.: *Armas de fuego: Tanegashima*. FDRA-Fuerza Terrestre; 2018.
- Miranda, A., Aguilera, J.: *Espadas del fin del mundo*. Autor-editor, Madrid; 2016.
- Molina, A.: *Historia de Filipinas*. Ediciones Cultura Hispánica; 1984.
- Reid, A.: «Violence at Sea», en Robert J. Antony, ed., *Elusive Pirates, Pervasive Smugglers*. Hong Kong University Press.
- Romero de Solís, J.M.: (de El Colegio de Colima) «Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia (SIGLO XVI)»; 2001.
- So, Kwan-wai: *Japanese Piracy in Ming China During the sixteenth Century*. Michigan State University Press, East Lansing; 1975.
- Sola, E.: *Historia de un desencuentro: España y Japón*. Fugaz Ediciones; 1999.
- Sola, E.: *Hispanos y japoneses en el norte de la isla de Luzón*; 2003.
- Turnbull, S.: *Samurai Invasion: Japan's Korean War 1592 -1598*; 2002.
- Turnbull, S.: «Samurai: The World of the Warrior». Osprey Publishing, Oxford; 2003.
- Turnbull, S.: *Pirates of the Far East 811 -1639*; 2007.■



Ronin blandiendo su katana